

XXVIII

EL JUICIO DE LA HISTORIA

Los restos de Morelos, sepultados en San Cristóbal, parecían destinados a yacer para siempre en el olvido, y en efecto, durante muchos años su tumba fue la de un hombre que murió como reo de tremendos delitos contra el Estado y la iglesia y caudillo de una causa perdida. Pero el triunfo final de la Revolución de Independencia impuso una renovación histórica fundamental y Morelos con todos los demás paladines de la emancipación mexicana comenzó su ruta de transfiguración.

El 19 de junio de 1823, el Soberano Congreso Mexicano declaró beneméritos de la patria a los caudillos de la Independencia, ordenando que se exhumaran sus restos y se trajeran a México para rendirles los más altos honores. El 16 de septiembre del mismo año, fueron llevados los restos de Morelos de San Cristóbal Ecatepec a la Villa de Guadalupe, como si se recorriera a la inversa el camino seguido el día de su fusilamiento. Don Carlos María de Bustamente cuenta en su *Diario histórico* las impresiones de estas ceremonias y en este caso su testimonio es inapreciable por su ingenuidad y emoción. Los despojos del héroe fueron acompañados en procesión por tres músicas de indios de diversos pueblos, que tocaban sones alegres; después, se llevaron los huesos de todos los jefes insurgentes en cinco urnas y fueron recibidos con honores militares en la garita de Peralvillo. Luego fueron llevados a la iglesia de Santo Domingo, donde se celebró al día siguiente una misa solemne, con asistencia del Poder Ejecutivo, representado por el general Vicente Guerrero. Bustamente anota que tocó dar el agua bendita en la ceremonia al provincial fray Luis Carrasco, el mismo que “jamás había querido reconocer la soberanía de la Nación y que fue

uno de los flageladores de Morelos" en el auto inquisitorial y que Carrasco se turbó al pronunciar las palabras rituales *Salvum fac populum mexicanum*... El sermón fue pronunciado por el doctor Algandar, que había sido nombrado por el mismo Morelos Vocal del Congreso de Apatzingán y siempre fue devoto partidario del héroe. Después los restos de los caudillos se depositaron en la capilla de San Felipe de Jesús de la Catedral de México, y posteriormente, bajo el Altar de los Reyes de la misma catedral, en espera de que la nación les diera una tumba más apropiada.

El Congreso del Estado de Michoacán, en 12 de septiembre de 1828 decretó que la ciudad de Valladolid cambiara su nombre por el de Morelia, en honor de su hijo benemérito.

Aun cuando aparece oficialmente que los huesos de los principales caudillos insurgentes, incluyendo los de Morelos, fueron depositados en una cripta en la base de la Columna de la Independencia, en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México, las investigaciones practicadas por el distinguido periodista Fernando Ramírez de Aguilar, permiten suponer que los restos de Morelos no se encontraron entre los demás despojos y se dice que el general Juan N. Almonte, hijo de Morelos, bajó secretamente a la cripta de la catedral y recogió la osamenta de su ilustre padre, para llevarla tal vez a algún sitio secreto, que hasta ahora se desconoce. En efecto, las reliquias de los caudillos se encontraban en una urna de cristales, la cual desapareció, de tal manera que fue casi imposible identificar los cráneos y osamentas en dispersión, los cuales fueron trasladados, en el año de 1895, del Altar de los Reyes a la capilla de San José, y desde entonces se dio por cierto que uno de los cráneos marcados con una letra casi ilegible correspondía a Morelos. Pero Ramírez de Aguilar estudió la documentación y los planos del lugar donde estuvieron despositadas las reliquias y creyó que faltaba la osamenta entera de don José María Morelos. Afortunadamente, los despojos físicos de un héroe no son más que un puñado de polvo, y, para la historia, las grandes figuras humanas tienen vitalidad permanente.

En este capítulo final deseamos demostrar cómo la personalidad de Morelos mantiene su rango y se proyecta hacia el futuro. Para descubrir nuevos datos sobre el héroe, don Eduardo Enrique Ríos se dedicó a recorrer los lugares por donde transcurrió la vida del caudillo mexicano, lo cual no es una empresa muy fácil, porque todavía hoy las comunicaciones y las dificultades de la distancia y el clima no son

precisamente para fáciles excursiones de placer. Y aunque no tenemos más que algunos rasgos de las primeras impresiones del estudioso viajero, son atractivas y prometedoras. En el pueblo de Carácuaro todavía está en pie la casa que ocupó Morelos, y el actual cura del pueblo conserva verbalmente la tradición y el recuerdo de su glorioso antecesor. En Nocupétaro se guardan reliquias personales de Morelos, incluyendo el púlpito donde se leían los Evangelios, el crucifijo, el copón y el cáliz. Se conserva también el registro de los diecisiete hombres de Nocupétaro que iniciaron la aventura de la rebelión. Los ancianos del pueblo todavía parecen conservar fresca la tradición que rememora el 31 de octubre de 1810, cuando el cura Morelos llamó a misa y pidió voluntarios para que lo acompañaran en su empresa.

El mismo Ríos ha publicado algunas referencias sobre las acusaciones que se han formulado en contra de Morelos por su posible intención de ceder a los Estados Unidos la provincia de Texas a cambio de auxilios militares consistentes en armas y parque. Esta cuestión de la influencia norteamericana en los problemas políticos de México es extraordinariamente complicada y difícil, y las acusaciones mutuas que se lanzan los partidos en pugna están casi siempre deformados por el apasionamiento. Para juzgar cada caso con espíritu de justicia, es preciso examinar muy a fondo las circunstancias de época, la realidad y el alcance de los hechos y los factores morales y militares que puedan haber intervenido.

Alamán trata este asunto con el subtítulo de "Carta muy curiosa de Morelos" en el cap. II, libro V, tomo III de su *Historia* y dice: "una carta oficial que tengo en mi poder, que escribió desde Yanhuatlán, estando en marcha sobre Acapulco, al intendente don Ignacio Ayala, acerca de las naos venidas de Filipinas, y como todo su contenido es también interesante por otros motivos, me ha parecido conveniente insertarla aquí. Dice así: 'No me pesa cosa mayor que el comandante de la nao Fidelidad, don Manuel Solís, no haya tenido mayor instrucción en el estado del reino, porque es bastante sospechosa, y es necesario mucho cuidado para que no nos hagan una diablura. Yo la juzgo por barco enemigo. En dos años y cinco meses sabe ya todo el mundo nuestro justo levantamiento: como hemos de creer que la Fidelidad, viniendo por S. Blas no haya encontrado a la nao Rey Fernando, que está fondeada en aquel puerto y está descargando los efectos que trajo de Manila, cuyo transporte querían los comerciantes de México, y no conviene a la consulta que me hizo el señor presidente.

Estas son tramas del enemigo. Por acá se abordó otro barco a Puerto Angel y en vista su apuración: a mí no me la han de pegar. Es preciso que para resolver al comandante de la Fidelidad, se me dé a mí cuenta, y de ningún modo se le resuelva, aunque sea lisonjera o vista las ventajas que proponga, y lo mismo sé bien cómo anda el mundo. El francés ya está en Cádiz, pero no se repone en dos años que nos faltan, y entonces ya lo esperamos en Veracruz. El inglés europeo me escribe como proponiéndome que ayudará, si nos obligamos a pagarle los millones que le deben los comerciantes gachupines de México, Veracruz y Cádiz.

‘El angloamericano me ha escrito a favor pero me han interceptado los pliegos y estoy al abrir comunicación con él y será puramente de comercio, a feria de grana y otros efectos por fusiles, pues no tenemos necesidad de obligar a la nación a pagar dependencias viejas, ilegítimamente contraídas y a favor de nuestros enemigos. Ya no estamos en aquel estado de aflicción como cuando comisioné para los Estados Unidos al inglés David con Tavarez, en cuyo apuro les cedía la provincia de Tejas. Ya estamos en predicamento firme; Oaxaca es el de pie de la conquista del reino: Acapulco es una de las puertas que debemos adquirir y cuidar como segunda después de Veracruz, pues aunque la tercera es S. Blas, adquiridas las dos primeras, riase V. S. de la tercera. Hasta ahora voy consecuente con lo que prometí y expliqué a esos pueblos; he obrado con conocimiento; ellos han depositado su suerte en mi conducta, no puedo engañarlos, porque mil infiernos no serían capaces de castigar mi maldad. No quiero dejarlos empeñados ni menos sacrificados; soy cristiano, tengo alma que salvar y he jurado sacrificarme antes por mi patria y mi religión que desmentir un punto mi juramento. Baste, para que V. S. entienda. Dios guarde a V. S. muchos años. Cuartel General en Yanhuitlán, febrero 17 de 1813.— José María Morelos. Sr. Mariscal intendente don Ignacio Ayala.’ ”

Se ve desde luego, comenta en seguida Alamán, la completa ignorancia de Morelos en materias políticas y aun sobre el estado actual de las cosas en Europa, pues da por seguro que estaba tomado Cádiz por los franceses, cuando la suerte de la guerra estaba decidida contra éstos... no siendo extraño que sobre tan equivocados principios formase tan absurdo plan de campaña, proponiéndose tomar a Acapulco, a cuyo puerto da tanta importancia, para volver a impedir el desembarque de los franceses en Veracruz, en todo lo cual se manifiesta cuán persuadido estaba de las especies que se habían esparcido para dar

impulso a la revolución, acerca del riesgo que corría el reino de ser invadido por los franceses, a que sería consiguiente la pérdida de la religión, en todo lo que Morelos tenía una completa convicción, que le hacía proceder con la buena fe que se descubre en esta carta. En cuanto a las relaciones diplomáticas que seguía, lo que dice relativamente a Inglaterra carece de fundamento, aunque la especie coincide, a lo menos en cuanto al tiempo, con la negociación establecida por Inglaterra con la regencia de Cádiz, para la mediación en las cosas de América, y el ofrecer la provincia de Texas a los Estados Unidos, aunque no llegó a tener efecto por no haberse verificado la comisión dada a David y a Tabares, se fundaba en la codicia que aquella república ya había dejado ver de adquirir aquel importante territorio.

Esta carta, que Alamán califica simplemente como curiosa sin darle mayor importancia a la parte final que se refiere a la provincia de Texas, se ha considerado después como prueba de una de las debilidades o errores más grandes de Morelos.

La sensibilidad nacional en relación con la parte perdida del territorio en vez de embotarse con el tiempo se hace más susceptible con una especie de resentimiento exacerbado. Generalmente se ha leído y transmitido el documento sin reserva en cuanto a su autenticidad y su valor, y solamente se ha comentado con pena reprimida, con indignación más o menos sincera o con disculpas al vuelo. Todo esto es muy explicable, pero aún podría intentarse un poco más de penetración.

Así como se ha sujetado a un análisis riguroso el documento llamado Plan de Devastación, podrían formularse, y a veces con mayor fundamento, serias observaciones a este respecto. En primer lugar, se advierte que la llamada "carta oficial" dirigida al intendente Ayala se conoce por la mención que hace de ella Alamán, sin especificar la forma en que llegó a su conocimiento. No sería justo insinuar la posibilidad de que Alamán cometiera una falsificación, porque las críticas que pueden hacerse a este famoso historiador se refieren a sus prejuicios y a sus pasiones, pero no a su inteligencia ni a su probidad intelectual. Su rencor en contra de los insurgentes y los liberales lo hizo solamente juzgar a su modo a los hombres y a los sucesos, y cuando más a proceder oblicuamente o por tangente para desahogar sus sentimientos.

Pero en cambio, es posible que él mismo fuera víctima de una superchería, y mientras no se sujete al documento a un examen directo,

habría que dejar en duda su plena autenticidad. Pero esto se justifica, no tanto por la ausencia del documento original, sino porque el hecho que menciona en su parte final es absurdo hasta lo imposible. En efecto, esa carta aparece escrita en febrero de 1813, pero se refiere a sucesos acaecidos en los primeros meses de 1811. En ninguna época tuvo Morelos autoridad suficiente para resolver, por sí solo, algo tan grave como era la cesión de una parte del territorio de la Nueva España. En realidad, ni Rayón, ni los vocales juntos o separados de la Junta de Zitácuaro se creyeron nunca autorizados en materia internacional más que para promover relaciones con otras potencias y buscar alianzas o auxilios de armas y recursos de guerra. Tal vez el Congreso de Chilpancingo, en sus ilusiones de soberanía hubiera podido llegar a creer que podía concertar tratados internacionales y comprometer a la nación. Pero lo más grave que en este sentido se trató alguna vez, y por cierto con muy pocos visos de realidad, fue la contratación de tropas extranjeras.

Y en 1811, cuando Morelos estaba todavía muy lejos de ser un capitán general y sin tener siquiera la categoría de vocal de la Junta, no tenía más representación teóricamente legal que su nombramiento de comisionado expedido por Hidalgo con facultades limitadas y expresas. Y esto es tan evidente que la designación de Tabares y David para desempeñar una misión en los Estados Unidos, fue prácticamente nulificada por la Junta, quien devolvió a los presuntos comisionados con un grado militar que Morelos no les había conferido.

En consecuencia, Morelos quiso efectivamente enviar a Tabares y a David a los Estados Unidos según fue notorio y lo confesó en su proceso, pero el carácter de esa misión se refería, como se ha dicho, a buscar auxilios, ya sea mediante tratos comerciales y compra de armas por la alianza formal. Una comisión semejante fue conferida más tarde a Ellis Bean, y éste dijo en sus *Memorias* que se trataba de organizar una expedición militar contra la provincia de Texas, y si era posible, adquirir armamento, para lo cual procuró la colaboración de los refugiados mexicanos que se encontraban en Natchitoches, pero éstos estaban desalentados por el fracaso de la intentona de Alvarez de Toledo. Todavía después fue designado Herrera como emisario, siempre con la idea de buscar auxilios en los Estados Unidos y ya con aprobación del Congreso. Todos estos intentos lamentables, provocados por la desesperación y la ignorancia de la verdadera situación y de las intenciones de los angloamericanos, son incidentes por desgracia repetidos

en distintas formas y síntomas del vital y mortal problema que para México significa la vecindad de los Estados Unidos del Norte. Pero la supuesta cesión, ofrecida por Morelos cuando era apenas un jefe insurgente subordinado, no puede ser más que un pésimo error de dicción, o un lapso descabellado, tal como se define jurídicamente el acto que no puede realizarse por absoluta imposibilidad material o moral.

Solamente algunos historiadores apasionadamente enemigos de la Revolución de Independencia y de sus hombres juzgaron a Morelos con criterio parcial, como si fuera un cabecilla de facciosos, bandolero y sanguinario, sin apreciar su significación simbólica, representativa y social. Ya el propio don Lucas Alamán lo consideró a pesar de todo con respeto, y sus juicios tuvieron que reprimir y simular la falta de simpatía para el hombre a la causa, seguramente para no chocar abiertamente con la opinión pública. Iturbide, que detestaba a todos los jefes insurgentes, lo acató más tarde, cuando llegó a creerse emperador. Otro emperador de corona precaria rindió un homenaje solemne al oscuro cura mestizo, deponiendo su orgullo por motivos de política: Maximiliano de Habsburgo, el descendiente de Carlos V, reconoció la calidad heroica del más temible guerrero de la rebelión levantada contra la corona de España en esta parte de América.

En 30 de septiembre de 1865, al inaugurar una estatua de Morelos, habló así el archiduque de Austria: "Celebramos hoy la memoria de un hombre que salió de la más humilde clase del pueblo; que nació en la obscuridad, y que ahora ocupa uno de los más elevados y más ilustres puestos en la gloriosa historia de nuestra patria. El quería la Independencia de su causa, y Dios, que ayuda siempre a los que tienen fe en su misión, lo dotaba con las cualidades singulares de un gran caudillo.

"Hemos visto al humilde hombre del pueblo triunfar en el campo de batalla; hemos visto al sencillo cura gobernar las provincias a su mando en los difíciles momentos de su penosa regeneración, y lo hemos visto morir físicamente derramando su sangre como mártir de la libertad y de la Independencia; pero este hombre vive moralmente en nuestra patria y el triunfo de sus principios es la base de nuestra nacionalidad."

El presidente don Benito Juárez, mandó publicar el decreto del Congreso de la Unión, de 17 de abril de 1869, según el cual fue definitivamente erigido en Estado de la Federación, con el nombre de

Morelos la parte del Estado de México, comprendida en los distritos de Cuernavaca, Cuautla, Jonacatepec, Tetecala y Yautepec.

En realidad, la actitud de los conservadores o reaccionarios debería lógicamente traducirse en una franca deprecación en contra de Morelos, pero la mayoría han seguido el ejemplo de Alamán, y acaso escritores extranjeros han expresado francamente su criterio.

Marius André dice en su libro titulado *El fin del imperio español en América*: "Hidalgo era uno de esos malos sacerdotes, no raros en las lejanas Indias en una época en que el mantenimiento de la disciplina y la vigilancia de las autoridades superiores eran muy difíciles... Este párroco rico es quien provoca una sublevación formidable de indios; comienza por reclutar una banda en su región, excitándolos a la matanza de españoles, al saqueo de las propiedades y prometiéndoles el reparto de las tierras. Les habla también de la religión amenazada por un emperador extranjero, dueño de España; hace pintar en sus banderas la imagen de la Virgen de Guadalupe, patrona de México, y lanza el grito clásico de todas las revueltas locales de indígenas: '¡Viva el rey mueran los malos gobernantes!'... Ningún ideal generoso anima a las hordas de 1810 y al jefe que las sigue más bien que las dirige; sólo los excita la sed de asolar, de robar y de matar.

"Morelos, otro cura siniestro, en rebelión contra la autoridad eclesiástica, continúa la obra de Hidalgo, al cual es, no obstante superior en todo. Lleva la guerra con crueldad, pero no es sanguinario, y sabe organizar las operaciones estratégicas. Sus ideas políticas son igualmente una monstruosa mezcla de teocracia y comunismo. Pero procura poner orden, sabe dar carácter legal a la revolución poniéndose al servicio de un Congreso cuya autoridad reconoce y que proclama la Independencia.

"Con su amigo, el abogado Rayón, presidente de la Junta Revolucionaria, elabora la más extraña de las constituciones.

"En el siglo XVIII, los Borbones, reyes absolutos, habían abierto poco a poco la América al comercio de todos los países e inaugurado un período de prosperidad. Morelos y Rayón reflexionan seriamente sobre la conveniencia de cerrarla; preparan leyes contra los extranjeros, a fin, dicen, de defender la pureza de María Santísima puesta en peligro. Caen en las peores extravagancias. Pues bien, por una de las más fantásticas falsificaciones históricas que pueden concebirse Rayón y Morelos figuran entre los ¡padres de la democracia y del libre pensamiento después de Hidalgo!"

Las anteriores opiniones podrían ser adoptadas lógicamente por los enemigos de la tradición liberal, si atendieran solamente a la disciplina de sus principios políticos y sociales y aquí las repetimos porque los juicios impregnados de pasión política deben también examinarse serenamente, para comprobar en último análisis que la estimación de valores morales en historia es obra del tiempo y del pueblo. Por eso en el caso de Morelos las críticas de los adversarios se vuelven elogios y las palabras dichas con intención denigrante se transforman en sentido inverso.

Don Francisco Bulnes se expresó así: "Los liberales como Zavala, Mora, Quintana Roo, Mier, Rayón, Guerrero y otros muchos, dan el primer lugar en nuestra lucha de Independencia a la figura torva y verdaderamente imponente de Morelos."

Hasta del campo contrario se escuchan elogios como éste del padre Manuel F. Miguélez, en su libro sobre la Independencia de México.

"Los más famosos cabecillas o guerrilleros españoles, cuyas hazañas llenan los anales de la historia de la guerra napoleónica, parecían haber refundido su espíritu en Morelos para que luchase contra España."

El obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo, en carta dirigida al virrey Calleja, en septiembre de 1813 (copias de la correspondencia de Abad y Queipo con el virrey Calleja, remitidas por el comisionado del Museo Nacional en España, don Luis G. Urbina), dice:

"Nuestra fuerza está acostumbrada a mirar con desprecio a los insurgentes, incluso al mismo Morelos, a quien atacará con el mismo denuedo que a los demás cabecillas. Pero la tropa que acaba de venir de México no puede hacer otro tanto. Los oficiales mismos hablan de este idiota (*sic*) como un héroe extraordinario en la guerra y en la política, lo que prueba o mucho temor o mucha adhesión a este cabecilla. Ahora bien; si éste se presenta con dos, tres o cuatro mil hombres y reúne, como es regular, la fuerza de otros cabecillas, ¿qué resultados debemos esperar? En estas circunstancias ¿no es notorio que es ingentísimo el peligro de una desertión general? ¿No caerá en su poder esta ciudad y con ella toda la provincia, todo el Bajío, y aun tal vez las provincias mismas que tenemos pacíficas? Este suceso ¿no puede arrastrar consigo la pérdida total del reino? Cuando no sucedan males tan numerosos y terribles, la pérdida de esta ciudad ¿no es un mal verdaderamente grande, digno de atención y que se evite, aunque sea a costa de algunos sacrificios? Sí por cierto. Morelos, que tiene a su disposición toda la masa del pueblo (cuando nosotros no podemos

hallar 25 hombres que trabajen en sus fosos); Morelos, repito, la pondría en menos de dos meses en tal estado de defensa, que con 2,000 hombres de guarnición resistiría a un ejército bien organizado de 10 ó 12,000 hombres.”

Don Justo Sierra en *Juárez: su obra y su tiempo* se refiere a Morelos como un “ángel exterminador”. Y luego escribe: ...“lo que dejó entre los oaxaqueños una huella profunda fue el paso de Morelos. Si el pueblo indígena cantara... habría un ciclo de cantares en honor del Gran Cura... Había que oír a Juárez decir ‘el señor Morelos’ para comprender la tradición de extraordinaria devoción, de supernaturalismo, digámoslo así, que los hombres de la generación que siguió a la de los insurgentes habían recogido de sus padres.

“Morelos era la forma estupenda de la revolución; en Oaxaca... se había mostrado hombre de gobierno y de administración como no estaban acostumbrados a ver los oaxaqueños ni en los delegados de los virreyes, ni en los obispos ni en nadie... el terrible cura se preparaba a una empresa suprema y tomaba sus medidas con profunda sagacidad. Cruel, impasible, poniéndose al nivel de todos los detalles, Morelos se despojó ante los oaxaqueños de su arreo de guerrillero y vistió, con una pompa un poco improvisada y chabacana, su traje de capitán general... pero la sombra del gigante se proyectó siempre en las almas de los montañeses. ¿Era un enviado de Dios? ¿Lo era de Satanás? Quién sabe. Pero era inolvidable.”

Es un poco desconcertante encontrar en esta anotación algunos conceptos despectivos y hasta condenatorios, junto a términos de admiración. La idea de un arcángel rebelde para representar a Morelos está de acuerdo con la tradición que respetó don Justo Sierra. Pero el epíteto que acusa chabacanería y el nombre ya no de Luzbel, sino de Satanás, el enemigo malo, hace resaltar una vez más la inquietante dualidad de ese gran libro, donde probablemente la mano de don Carlos se deslizó en algunas ocasiones más de lo que supone el distinguido historiador Arturo Arnáiz y Freg, en sus apostillas hechas para la edición del libro de don Justo, que publicó nuestra Universidad.

La glorificación total de Morelos, por encima de las rencillas políticas, parece representada en una escena de solemne teatralidad, en las fiestas del Centenario de la Independencia de 1910, cuando el marqués de Polavieja, en nombre de España, devolvió a México los uniformes de Morelos, que se habían conservado como trofeo en el Museo de Artillería de Madrid. Entonces resonó sordamente la voz

temblorosa del presidente de la república, infantil y senil al mismo tiempo, próxima a romperse en ocasiones y a veces con veladas y huecas anticipaciones de tumba, recitando las palabras dignas de recogerse como la acción de gracias del anciano dictador, cuando el destino le otorgaba sus últimos favores. Dijo así el general Porfirio Díaz: "Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable, en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que sintió palpar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu, que peleó contra los españoles, no porque fuesen españoles, sino porque eran los opositores de sus ideales." Era verdad. Nunca tuvo mejor fortuna el viejo soldado, ni cuando tomó parte en la jornada del 5 de mayo de 1862, galopando al frente de sus guerrilleros de Oaxaca, en persecución de los franceses derrotados; ni cuando apuró largamente en una copa de oro el licor de treinta años de vendimia casi imperial. Ningún otro instante podía ser más glorioso, porque sólo esta vez pudo el más afortunado honrar al más alto de los caudillos mexicanos, juntando los nombres de México y España, en un acto de desagravio y de fraternidad.

En el México moderno, que ha seguido la línea de la Revolución de Independencia en sus ideales de reforma social, la presencia de Morelos ha seguido en ascenso. Se le comprenden cada día mejor como un representante de la causa popular en lucha contra los privilegios de raza y de casta y por la libertad y la democracia. La poesía lo sigue cantando con acentos que recuerdan la noble elevación de los versos de Amado Nervo; las artes plásticas reproducen la figura del héroe en un trabajo de sublimación comparable a la que se realiza por la leyenda, y una enorme estatua en la isleta de Janitzio, en medio del lago michoacano de Pátzcuaro, cumple la misión de hacer brotar la mole de piedra como si el gigante surgiera de la tierra misma, incorporado al suelo natal. Después de un siglo, la interpretación popular se ha impuesto, y la literatura histórica ha grabado definitivamente la figura epónima en la conciencia colectiva, juntando el nombre de México, nación independiente, con los de Hidalgo, Morelos y Juárez.